



En la Embajada de los Estados Unidos

Mrs. y Mr. Willard con los invitados a la fiesta celebrada ayer tarde

(Foto Alfonso.)

“Thanksgiving Day”

Una clásica fecha americana

Hay una vieja tradición romántica en la América del Norte que cuenta los trabajos, las fatigas, los riesgos sufridos por unos peregrinos en una expedición marina.

A bordo del “May Flower” embarcaron en 1620 unos cuantos elegidos de Dios, a los que se había encomendado una misión santa. Los elementos se opusieron tenazmente, con bravas energías, a la marcha feliz de la legión de misioneros. Borrascas, tempestades, salvajes agresiones de los indígenas; todo, en la tierra y en el mar, pareció haberse conjurado para el fracaso de la mística empresa.

La tierra se apartaba cada vez más de los ojos de los expedicionarios. Mil veces se creyeron perdidos; mil veces sus brazos se elevaron al cielo en demanda de un auxilio que no llegaba nunca.

Por fin, después de la recia prueba, que duró largos días, un jueves, el último del mes de noviembre, el “May

Flower” arribó felizmente al puerto de Plymouth.

Desembarcaron allí los peregrinos y cayeron de hinojos sobre la arena de la playa para dar gracias al Altísimo.

El pueblo se unió a ellos y hubo sentidas fiestas y regocijos.

Este fué el primer momento de la celebración del “Thanksgiving Day” (Día de expresión de gracias), y desde aquella fecha en todo el territorio americano el último jueves de noviembre se dedica exclusivamente a las expansiones familiares.

Desde la última aldea hasta la gigantesca urbe, en los Estados de la Unión el “Thanksgiving Day” se cierran todos los comercios, se suspenden por veinticuatro horas todas las actividades y los ciudadanos rinden tan solamente culto a las intimidades del hogar.

*

La Embajada americana, amante

de las tradiciones de su país y respetuosa con ellas, congregó ayer tarde en el palacio de la Castellana a toda la colonia de americanos que reside en Madrid.

El embajador de los Estados Unidos y su distinguida esposa profesan una entusiasta devoción por las costumbres de su patria, y en todo momento desean encontrar la ocasión de recordar a sus compatriotas que hay dentro de la corte de España un rincón de tierra americana.

La fiesta del “Thanksgiving” no podía darse al olvido por Mr. Willard, y ayer sintió la satisfacción de verse rodeado en su morada por un núcleo de valiosas personalidades que concurrió a agruparse allí en íntima congregación familiar.

Los suntuosos salones de la residencia oficial, profusamente iluminados y decorados con todos los refinamientos del arte, recibieron ayer a una nutrida representación de América, a la que la política o el comercio ha establecido en nuestro país.

Recordamos sólo algunos nombres de personalidades de relieve que vimos ayer en la Embajada:

Mister Palmer, cónsul general de los

Estados Unidos en España, con su encantadora esposa, Mrs. Ely Palmer; el mayor Van Natta, también con su distinguida esposa; Mrs. y Mr. Austin, Mrs. y Mr. Augier; Mr. Caffery, consejero de la Embajada; Mrs. y Mr. Castleman, Cross, Hurdlebrink; Mrs. Hamilton, Magruder, Marquette; Mrs. y Mr. Daniele, capitán Oscar Ralls, Rickard, miss Edwina Rickard, Snyder, miss Margaret Saxton, Mrs. y Mr. Taylor con su hija Elena, señora de Suárez Paros, Mrs. y Mr. Strachan, Mrs. y mister Voorhies.

Acaso una parte de la colonia dejó de concurrir a la clásica fiesta, ya que la Embajada desconoce el domicilio en Madrid de todos los americanos; pero la afectuosa efusión que reinó en la mansión de Mr. Willard tuvo un recuerdo de cariño para todos los ausentes.

El embajador, Mr. Willard, con la gentil Mrs. Willard, hicieron los honores con la delicadeza y amabilidad en ellos proverbial, y ofrecieron a sus invitados un té de toda “élite”.

Los concurrentes a la simpática fiesta pasaron una deliciosa tarde, en medio de la intimidad que formaba su característica.

LAS ESCUELAS NORMALES

Su instalación adecuada

La Prensa diaria registró días pasados el lamentable caso de una Escuela Normal obligada a dejar el edificio que ocupaba y a suspender provisionalmente las clases, mientras la superioridad pone remedio al escándalo.

Nosotros, permitiéndonos disentir de las personas que se han interesado públicamente en este asunto, creemos que el escándalo es anterior en meses, quizá en años, al ruidoso lanzamiento que motivó estos breves comentarios. Parece ser que el motivo inmediato de la desgracia acaecida a la Escuela Normal de que se trata—cuya situación geográfica es indiferente, pues sólo nos afecta el caso como síntoma desfavorable de la actual situación de nuestras Normales—ha sido el empeño de instalar en el mismo edificio la Delegación provincial de Hacienda.

Ahora bien; la persona amante de la cultura que ha dado la voz de alarma, declara espontáneamente que dicho edificio es un caserón viejo, en el que, ni con obras ni sin obras, puede instalarse decorosamente la Delegación de Hacienda..., con la agravante de que una parte de los locales no pueden ser entregados porque la justicia los tiene en clausura y sellados, y otra parte de los mismos, por ser cuartel de la guardia de Seguridad.

Nadie extrañará, después de leer el párrafo copiado, hayamos afirmado que el escándalo no es de ahora, sino de antes, de siempre, del hecho censurable de permitir el funcionamiento de una Escuela Normal en locales desastados y en la respetable vecindad de un cuartel.

La instalación de las Escuelas Normales constituye hoy una obligación provincial, por más que el reglamento para las Escuelas Normales de Instrucción primaria del Reino, aprobado por Real decreto de 15 de mayo de... 1849!, todavía sigue de algún modo en vigor, y, lo que es más curioso, incumplido. Véanse los dos minuciosos artículos siguientes:

«Art. 10. Se procurará colocar las Escuelas Normales de ambas clases en edificios propios del Estado, haciendo en ellos las obras necesarias para su completa habilitación; estas obras se harán por cuenta de la Provincia; pero las de conservación serán de cargo de los Ayuntamientos. Donde sea de todo punto imposible colocar la Escuela Normal en un edificio del Estado, se alquilará una casa que tenga toda la amplitud necesaria, pagándose el alquiler de los fondos provinciales.»

Art. 11. Todo edificio destinado a Escuela Normal debe tener: una habitación para el director y su familia y otra para el regente de la escuela práctica; las viviendas precisas para el conserje o portero y para los mozos o criados; las aulas necesarias para las explicaciones de los profesores; salas bajas, bastante capaces y convenientemente arregladas, para las secciones de la escuela práctica; otra, para la enseñanza del Dibujo lineal; un gabinete destinado a biblioteca y a custodiar los varios objetos de enseñanza que posea el establecimiento; patios y huerta o terreno propio para la enseñanza de la Agricultura, comprendiendo en ella la Horticultura.»

Esto es lo que pedía en 1849! el legislador para la adecuada instalación de nuestras Escuelas Normales. Se deseaba que las Escuelas Normales ocupasen edificios del Estado y dispusieran de una serie de locales y medios que suponían un concepto de la Normal superior al que hoy oficialmente se le otorga. Por que ese amparo material del Estado revela que la Administración de entonces una preocupación sincera por la obra de las Normales, que, a través de aquella relación del art. 11, no queda reducida a la mera preparación de los normalistas en las materias del programa escolar, sino que busca, con la habitación para las familias del director y del regente de la escuela práctica, dar a la Normal el ambiente de una casa de educación, de un hogar sencillo, limpio y discretamente confortable; con la vecindad de la escuela práctica, atender particularmente a la formación profesional de los futuros maestros; con la biblioteca, proporcionarles facilidades para el estudio y la ampliación de su cultura; con los llamados patios, ofrecerles oportunidad para los juegos y ocios saludables, y, en fin, con el terreno destinado

a la enseñanza de la Agricultura, preparar especialmente al maestro rural para influir en el medio local donde ha de desenvolverse su vida.

El propósito manifestado por el legislador de antaño se ha realizado, después de setenta años, reclusando la vida de las Escuelas Normales entre los muros de viejos caserones que, probablemente no sirvan para Delegación de Hacienda, y desde luego resultan absolutamente inadecuados para albergar esta compleja, delicada y grave función que es la formación, rectamente dirigida, de los futuros maestros.

Porque esta formación supone algo más que unas pobres aulas, tristes y nada holgadas, según generalmente ocurre, donde un grupo de profesores, que pueden serlo excelentes, desarrollan diamante las lecciones de un programa ante una concurrencia pasiva de alumnos. Cuando la Escuela Normal es esto, puede realizar, sin duda alguna, una labor provechosa, aunque limitada.

La Normal no ha de perder de vista que su actuación no termina en el alumno que tiene delante, sino en la escuela primaria que éste ha de regir el día próximo. Y este maestro y esta escuela serán lo que la Normal haya sido en relación con ambos: mera actividad intelectual, literaria o libresco, si la Normal ha desplegado una labor análoga; formación plena y respetuosa del niño, si el normalista ha sido dirigido de igual suerte.

Y para que nuestra Escuela Normal pueda atender a esta formación completa del futuro maestro, es necesario, aparte de otras consideraciones de orden personal, que disponga, como en otros países, de medios materiales para desenvolverse aquel propósito; medios que van desde el aula de clase, el laboratorio y el taller, hasta el campo de juego, el departamento de duchas y las salas destinadas a «restaurant» y a la amable conversación...

Quien vea de modo más limitado el conjunto de una Escuela Normal, seguramente no ha logrado todavía libertarse del tupido velo que han echado sobre sus ojos los largos años de estudio, y, desde luego, no ha ascendido idealmente a la venturosa colina desde la cual se vislumbra el ancho panorama de la escuela futura.

Luis SANTULLANO

COMENTARIOS

La dignidad profesional

Porque todos ofendemos en muchas cosas. Si alguno no ofende, éste es varón perfecto... (Epístola de Santiago, III, 2.)

Algunos profesores de Institutos y de Universidades han visitado al ministro de Hacienda pidiendo, en nombre del «decoro» de los organismos que representan, un sueldo superior—creen ellos que el suyo es inferior—al que disfrutaban los profesores de las «escalas inferiores», pertenecientes a las Normales, Comercio, Industria, etc. No hace falta que indiquemos aquí el verdadero pretorio de su petición; hace tiempo que el mundo sólo se mueve por idénticos resortes. Pero, íntimamente, el pretexto en que se apoyan en público, nos amarga por sus consecuencias para el espíritu de la educación.

¿En dónde está la herencia santa de D. Francisco Giner, tan unitaria, que se engrandecía convirtiendo al catedrático en maestro de niños? ¿Cómo puede todo el Magisterio, desde la maestra de párvulos al catedrático de Universidad, cooperar, como es ineludible deber, en una labor de educación, de conjunto y de armonía, si los encargados de hacerla nos separamos por abismos, en grupos jerárquicos, en virtud de una pretendida superioridad en el decoro o dignidad profesional? ¿Cómo pueden nuestros actos aunarse, si sus voluntades y sentimientos directores no coinciden fundamentalmente en unos mismos fines: la educación del hombre, esto es, la formación de una vida completa? Sin la base de un amor y una compenetración entre todos los dedicados a la enseñanza, no hay redención posible. «Hermano: impenetrable es aquella disposición para el hombre cuyo espíritu no se halle engrandecido por la llama del amor.» (Dante: *Paraíso*, VII, 58.) No ignoramos que este amor y espíritu de unidad lo poseen bastantes profesores universitarios,

unos pocos de Institutos y algunos más de Normales; si unos por falso decoro piden que se les evite el contacto con las escuelas profesionales, muchos de nosotros, por falso decoro también, pediríamos, si no la tuviésemos, una superioridad económica sobre los maestros primarios.

¿Qué poca confianza tenemos en el concepto de dignidad profesional... Y, en realidad, hay más aún: creemos muy poco en la dignidad colectiva—quizás la sociedad actual esté más cerca de lo indigno—; creemos, sí, firmemente, en la honorabilidad de ciertas personas; lo que nos permite avalorar la dignidad personal, mientras que nos es difícil, si no imposible, hacerlo con la de una clase. Pretender lo último conduce a veces a infames calumnias o a que nos tomen por cándidas palomas.

Y no nos atrevamos en este caso a juzgar las cosas desde el punto de vista de sus resultados en la práctica; muchos fracasos que tenemos los profesores los achacamos a la falta de preparación cultural y educativa de nuestros alumnos; en ese sistema, en último término, pagan la primera y capital culpa los maestros de párvulos... ¿No es, por consiguiente, absurdo pretender que sea inferior algo que consideramos indispensable para que otra obra, calificada de superior, subsista y fructifique? Pense-

mos bien todos los profesores de Universidades, Institutos y escuelas profesionales en el valor de la educación e ilustración primeras. Con ello aprenderemos, no sólo a considerar, sino a respetar al maestro primario como el primer factor en la compleja comunidad del Magisterio.

Y atendiendo al espíritu de la profesión, podríamos separar—no decimos nada nuevo—en dos grupos a las personas de carrera u oficio: los que en su obra ponen su alma y la consideran como fin, y las que, con desdén, las toman como medio. En el primer grupo están los dignos, los decorosos profesionalmente; en el segundo, los indignos, los inmorales. Cuando, a manera de inventario espiritual, sepamos cada uno de nosotros cuántos profesores o maestros de cada escalafón particular puede incluirse en el grupo de los decorosos y dignos, sabremos sólo en qué escala hay más dignos o indignos; pero nunca podremos deducir de esto el decoro o el honor de todos los que en ella se amparan... Unicamente esas personas dignas profesionalmente pueden pedir por decoro un superior bienestar, aunque cuidando bien antes de echar del templo a los mercaderes.

Modesto BARGALLÓ

Profesor de la Escuela Normal

SEGUNDA ENSEÑANZA

Las vacaciones

En la revisión de las causas que determinan el escaso resultado de la labor docente de nuestros catedráticos de segunda enseñanza, antes de proponer la reforma del bachillerato que consideramos adecuada para acabar con las deficiencias actuales, conviene señalar la referente a las muchas y excesivamente largas vacaciones que se conceden a nuestros alumnos.

No voy a fijar la atención sobre los días sueltos no festivos y de cumpleaños, en que indebidamente dejamos sin clase a los estudiantes; ni tampoco en las vacaciones de Carnaval, que debieran suprimirse inexorablemente; ni aun siquiera en las de Semana Santa, que habrían de ser de dos o tres días y no de diez o doce, como ahora. Vayan dirigidas nuestras reflexiones y comentarios sobre las vacaciones de Pascua y las de final de curso.

Aunque en el montón de disposiciones contradictorias no sea tarea fácil señalar cuándo deban empezar y terminar las primeras de estas vacaciones, puede asegurarse que en pocos Institutos se asistirá a clase el día 15 de diciembre, y en ninguno se volverá antes del 11 de enero. Prácticamente, un mes de descanso.

Pues bien; para los resultados de la enseñanza sería menos malo que el curso fuera dos meses más corto de lo que lo es en la actualidad que no introducir un mes entero de vagancia en medio de él. Nada más pernicioso ha podido idearse para el estudiante que suspender la formación del hábito de la regularidad y la persistencia en el trabajo, que con tanto esfuerzo se ha ido creando en los primeros meses. Y si a ello se agrega que por no fijar los muchachos su atención, en todo ese tiempo, sobre las materias estudiadas las olvidan casi por entero; que el ocio les hace perder la agilidad y la destreza mental, que poco a poco iban adquiriendo para la comprensión y para la solución de las cuestiones y de los problemas, y, por último, la grave perturbación que un intervalo tan largo acarrea en la exposición metódica y continuada de los programas, se comprenderá bien cuán beneficioso sería para la enseñanza que un ministro tuviera un arranque de energía e impulsara severamente a los alumnos de Instituto unas vacaciones de doce o de quince días.

Se nos dirá que esto no es culpa del profesorado, que éste deplora más que nadie esas prácticas tan perniciosas, y también que sería punto menos que imposible que una disposición legal las corrigiera tan fácil y rápidamente. A todo ello puede replicarse que en los Institutos en que los profesores se han propuesto con entera decisión que los alumnos asistan a clase hasta el día 22 de diciembre, lo han conseguido siempre, sin grandes violencias; y que si una orden del ministro dispusiera que fuera eliminado de la nómina, hasta resolver el expediente, el profesor o el claustro que

aprobara a un alumno que hubiera faltado a clase no habiendo vacaciones, me inclino mucho a creer que serían contados los estudiantes y los profesores que no cumplirían respetuosamente la disposición ministerial.

Lo único que falta en esto, como en tantas otras cosas, es una voluntad firme y decidida para obligar a los estudiantes y a los profesores que no están dispuestos a cumplir su deber de trabajar, pues sería facilísimo conseguirlo, si se lo propusiera seriamente un ministro, teniendo en la mano la nómina de los unos y las calificaciones de exámenes de los otros.

Pero, con ser tan nefastas como son las vacaciones largas de la Pascua, bien pueden considerarse como insignificantes sus resultados si se los compara con los que producen las mal llamadas del estío. Aquí sí que no se encuentran palabras prudentes y mesuradas para calificarlas. Porque es inconcebible que exista un país que tolere que, a título de descanso, haya unos funcionarios que se tomen casi cuatro meses (en algunos Institutos puede prescindirse de la aproximación) de vacaciones y dejen mientras tanto a los jóvenes, cuando más lo necesitan, privados del alimento de la cultura y sumidos en la holganza más corruptora. ¡Nadie diría, si todos no lo supiéramos, que hay autoridades académicas que consienten esta monstruosidad; que hay un Parlamento que puede poner en un momento, y no lo pone, remedio a este abuso; que hay, en fin, una nación que, por ser europea, debe saber el daño irreparable que se causa a una inteligencia que no se la ejercita durante más de cuatro meses, y no se levanta airada contra todos!

Y así es, sin embargo. Desde el 20 de mayo, que el estudiante abandona sus libros, hasta el 2 o el 3 de octubre, en que sus profesores le indican los que ha de coger de nuevo, lo dejamos entregado a la dulce tarea de olvidar cuanto pudo aprender en los días contados que asistió a clase en el curso anterior, o de arrojar con desdén de la memoria los nombres, las fechas y, a veces, los desatinos que metió en ella a empujones para preparar el malhadado examen. ¿Qué de extraño tiene, con este sistema, que el alumno olvide en el segundo curso casi todo lo que sabía en el primero; que en el tercero haga lo mismo con lo del segundo, y que acabe su bachillerato con las nociones de las últimas asignaturas, para perderlas también al ingresar en la Universidad? ¿Con cuánta razón decía un insigne maestro, al ver estas cosas, que nuestra raza debía ser la más inteligente de Europa y del mundo, cuando no quedaba entontecida!

Afortunadamente, somos muchos los profesores de segunda enseñanza que nos dolemos de este mal, y vaya esta queja de todos nosotros a los que, pudiendo remediarlo, se quedan indiferentes y como sordos.

Que en las poblaciones que lo permita

el clima dure el curso hasta el mes de julio y que comience en la segunda quincena de septiembre; que se hagan los exámenes de los alumnos libres en horas que no sean de clase; que en los Institutos de matrícula muy crecida se nombren Comisiones examinadoras de catedráticos de los Institutos más cercanos, y, sobre todo, que queden para el verano algunos cursos para la ampliación del conocimiento adquirido en las lenguas vivas, en el dibujo, en la literatura nacional y extranjera, en tantas y tantas otras cosas que no necesiten un gran esfuerzo mental de nuestros alumnos. Que se propongan otras ocupaciones, si éstas parecen poco atinadas: excursiones, visitas a museos, a fábricas, a talleres de todas clases; colonias escolares, viajes a poblaciones importantes; lo que se quiera de tanto como se debe hacer, con tal de que el espíritu del estudiante esté en constante ejercicio, y que nuestros profesores no tomen su ocupación como de menos esfuerzo y empeño que la que tradicionalmente ha atribuido el vulgo a las canonjías.

Es claro que aquí se ofrece inmediatamente el problema respecto de quién se encargará de la misión de hacer cumplir todas esas cosas cuando no exista en los claustros la voluntad necesaria para realizarlas. Tome nota de ella el lector, porque habrá de salirnos al paso constantemente en cuanto se intente acabar con el marasmo en que estudiantes y profesores nos encontramos. Pero si dejamos para después el esfuerzo de presentar una solución y nos concretamos a resolver el problema de las vacaciones absurdas actuales, no se nos ocurre más que una de estas dos medidas: la de oír a los claustros, para fijar a cada Instituto la duración de sus vacaciones, pues es absurdo equiparar, por causa del clima, al estudiante de Sevilla y Almería con el de Santander y Bilbao, y dar una disposición ministerial análoga a la indicada para las vacaciones de Pascua; y otra, proponer premios en metálico, ventajas para el concurso en las vacantes de las cátedras de otros Institutos, una jubilación más retribuida, etc., a los profesores de aquellos Centros que tengan, en igualdad de condiciones de clima, un año escolar más largo, o realicen con sus alumnos, en verano, una obra más completa y más beneficiosa para su cultura.

La segunda solución tiene la ventaja sobre la primera de que despertaría entre los profesores y los claustros una viva emulación y hasta una rivalidad para lograr las ventajas que se concedieran, convirtiéndose en celosos vigilantes los unos de los otros. Entonces si que no les sería tan fácil a los ministros, a los subsecretarios, a los rectores, a los inspectores (si es que los ha habido y todavía los hay), al Consejo de Instrucción pública, a los directores (creo no haber olvidado ninguna autoridad encargada de la inspección de los Institutos) inhibirse, substraerse, declararse incompetentes para intervenir, y tantos otros modos de no cumplir con su obligación. Entonces, y sólo entonces, es cuando el país sabría cuántos profesores y por cuánto tiempo no asisten a clase durante meses y cursos enteros; cuántos reducen su tarea a tomar la lección de memoria a los alumnos y señalar la siguiente para el día próximo; cuántas licencias injustificadas conceden los directores y los ministros; cuántos no están en clase más de media hora; cuántos dejan de asistir a ella por cualquier pretexto; cuántos... Sería la lista muy larga, y probablemente bochornosa, aunque a ella le agregaríamos la de los sacrificios, la devoción, el entusiasmo y la constancia de tantos compañeros que ponen lo más noble y más puro de su alma en su tarea.

Adoptemos sin vacilar la segunda de las medidas, para que, de una vez para siempre, sepamos quiénes constituyen el peso muerto que cada vez nos hunde más y quiénes los que se dan cuenta de que el porvenir de España está en manos de los profesores de segunda enseñanza y obran en consonancia con tan excelsa misión.

Martín NAVARRO

Catedrático del Instituto-Escuela

Resoluciones

Escuelas Normales

Se dispone: Primero, que se conceda a don Ezequiel Ruiz Martínez, profesor de Dibujo del Instituto de Córdoba, la gratificación de 1.500 pesetas por estar encargado de las clases

de Dibujo de las Normales de dicha capital. Segundo, que de modo análogo, a todo el Profesorado de Dibujo y Francés de los Institutos que tengan a su cargo las clases de esas asignaturas en las Escuelas Normales, por estar ellas amortizadas en éstas, se les asigne la gratificación anual de 1.500 pesetas si fuesen dos Normales las que tengan a su cargo, y la de 1.000 pesetas cuando se trate de una sola Escuela.

—Se nombran auxiliares en propiedad de la Sección de Pedagogía de las Normales de Maestros de Segovia y Logroño, respectivamente, a D. Manuel Brulla y a D. Luis Pancorbo y Martínez, y de la misma Sección de la de Maestras de Murcia, a doña Concepción Monllor Pérez.

—En virtud de consulta formulada por el rector de la Universidad Central acerca de a qué autoridad corresponde el nombramiento de los ayudantes de Religión de las Escuelas Normales, se dispone que los ayudantes de Religión de las referidas Escuelas sean también nombrados por el recto de la Universidad de cuya jurisdicción dependa la Escuela de que se trate.

—Se desestima instancia de doña Consuelo Llinás y doña Concepción García, auxiliares de la Normal de Maestras de Castellón, en solicitud de que el sueldo que se les ha asignado desde que son auxiliares en propiedad se les acredite desde 1.º de abril último.

Escuelas y maestros

Se nombra a doña Enriqueta Mir maestra sustituta de la escuela de Lloréns-Rocafor (Lérida).

Se dispone quede sin efecto el nombramiento de maestra sustituta de la escuela de Rebón (Pontevedra), hecho a favor de doña Francisca Fariña, y que en su lugar sea nombrada para ocupar dicho cargo doña Columba Calviño.

—Se nombra a doña María Rodríguez maestra sustituta de la escuela de Puntal en Neda (Coruña).

—Se conceden treinta días de licencia a doña Concepción Flores, maestra de La Fuente en Pulpí (Almería); a doña Sandalia Presentación Ortega, de San Vicente de la Sonsierra (Logroño); a D. Celestino Segura, de Quintanilla y Valluesca (Alava); a D. Gerardo Prieto, de Bilbao, y a D. Urbano Jalón, de Huarte-Araquil (Navarra).

—Se concede dispensa de defecto físico para cursar la carrera del Magisterio, a D. Fernando Juana Rodríguez y a doña María del Carmen Pintos Conde.

—Se concede la jubilación, por edad, a doña Secundina Vila García, maestra de Alba (Pontevedra).

Instituto Nacional de Anormales

Se concede a D. Prudencio López, profesor de Educación física de dicho Instituto, el quinto ascenso, por quinquenio, de 500 pesetas anuales.

Cursillo de perfeccionamiento para maestros y maestras

Hoy se reunirán, en el Grupo Escolar Cervantes, los maestros y maestras que han de tomar parte en el cursillo de perfeccionamiento, organizado por el Patronato del citado Grupo escolar.

Los Sres. Poggio, director general de Primera enseñanza; Retortillo (marqués de), y Palacios (D. Leopoldo), con la valiosa cooperación de los señores directores del Museo Pedagógico, Museo de Ciencias Naturales y Centro de Estudios Históricos, D. Manuel B. Cossío, D. Ignacio Bolívar y D. Ramón Menéndez y Pidal, han dispuesto el plan de trabajos de manera que los maestros y maestras obtengan, en los veinte días que ha de durar el cursillo, el mayor provecho que sea posible.

Darán lecciones, conferencias o dirigirán las conversaciones, visitas a los Museos y otros Centros y las excursiones, el director del Museo Pedagógico y los Sres. Castro (D. Américo), Navarro Tomás, Hernández Pacheco, Fernández Navarro (D. Lucas), Zulueta (D. Antonio), Crespo, Dantín, Estalella, Palacios (D. Leopoldo), Giner (D. José) y otros señores profesores.

Se visitarán los Museos de Ciencias Naturales, Arqueológico, Pintura y Escultura del Prado y el de Arte Moderno, Reproducciones y Pedagógico, y el Centro de Estudios Históricos e Instituto de Reformas Sociales.

Habrán excursiones artísticas a Toledo y a El Escorial, y de geología y de mineralogía a Cercedilla y Cerro de los Angeles.

Las prácticas en la escuela forma parte muy importante del programa del cursillo, y los maestros y maestras que lo sigan habrán de presentar todas las mañanas una nota diferente a las tareas del día anterior, y dentro de los quince días siguientes a la terminación del curso de una Memoria sobre el mismo.

DESDE INGLATERRA

Cómo estudia ciencias una muchacha inglesa

De los títulos que pueden adquirirse en las Universidades inglesas—«Bachelor of Science» (Licenciado en Ciencias), «Master of Science» y «Doctor of Science», principalmente—, el primero es el que exige menos estudios y el más usual, y como es paso obligado para los demás, de él vamos a ocuparnos.

Después de estar hasta los diecisiete o dieciocho años en una escuela secundaria de cualquiera de los infinitos tipos que hay aquí, la muchacha que quiere aprender ciencias se matricula en el Bedford College (1) o en otro de los Colegios universitarios. Si lo hace con propósito de obtener un grado, como ocurre en la mayoría de los casos, necesita pasar una especie de examen de ingreso, el «Matriculation exam» de la Universidad de Londres, a no ser que pruebe haber sufrido antes algún otro equivalente (lo de las equivalencias es complicadísimo por la libertad de escoger asignaturas y la variedad de escuelas secundarias).

En dicho examen son obligatorias tres de las materias siguientes: inglés, matemáticas elementales, latín, mecánica, física, química o botánica; hay que elegir dos de estas otras: griego, francés, alemán, matemáticas superiores, física, etcétera. Y hay que contestar por escrito a cierto número de temas que no se conocen de antemano, pero cuya dificultad varía entre límites determinados.

Además de este examen, algunas pasan otro, especie de oposición para obtener una beca, pues en el Bedford, lo mismo que en otros Colegios, abundan éstas como resultado de donaciones, legados, etc.

A la vista tengo las cuestiones que se dieron en 1914. En ciencias hay para cada materia un examen teórico y otro práctico. En botánica, por ejemplo, hay seis temas para el escrito: 1.º «Describir por medio de esquemas los cambios que ocurren al abrirse las yemas de dos de los siguientes árboles: frésno, nogal, plátano castaño de indias, haya.» 2.º «Muchas plantas tienen espinas; describir detalladamente las de tres plantas conocidas, indicando su naturaleza y haciendo esquemas aclaratorios.» 3.º «etcétera.» Y para el práctico, cinco: 1.º «Clasificar las plantas A y B, razonando el porqué.» 2.º «Determinar la naturaleza morfológica de A y B, usando el microscopio y haciendo dibujos», y así sucesivamente.

Entre los temas de la física práctica encontramos los siguientes: «Determinar el valor de una división en un termómetro sin graduar.» «Encontrar el coeficiente de rozamiento de madera con madera», etc.

Como puede verse, estas preguntas exigen un conocimiento muy seguro del asunto, ya que son precisas, eminentemente prácticas y no pueden prepararse para ellas respuestas «condoras», tan fáciles de hacer para otros cuestionarios.

Una vez en el «College», la alumna escoge con muy pocas limitaciones las clases a que quiere asistir. Si se encuentra suficientemente preparada, va al curso intermedio; si no, al elemental, para hacer el intermedio al año siguiente. Este curso intermedio equivale aproximadamente a un primer año de Facultad, después del preparatorio, y al terminarlo se pasa un examen, el «Intermediate». Hay que estudiar cuatro asignaturas y se pueden tomar matemáticas, geología, fisiología, etc. Las más frecuentes son: Física (obligatoria, si no se toman matemáticas), química, botánica y zoología. En cada una de ellas consiste el trabajo en:

a) Clases teóricas, en que el profesor habla o hace experimentos y los alumnos toman notas.—Dos semanales, de una hora.

b) Trabajos prácticos de las alumnas. Dos veces a la semana, dos horas.

(1) El Bedford College forma parte de la Universidad de Londres, juntamente con el University College, el King's College, etc., y es en realidad la Universidad de mujeres. Es relativamente moderno, puesto que fue creado en 1849 y reconocido en 1900 como formando parte de la Universidad de Londres; hay actualmente matriculadas en él 600 alumnas, sin contar las que acuden de otros Colegios para seguir determinadas enseñanzas.

c) Un escrito semanal en casa, que corrige luego el profesor, y consiste en la resolución de problemas, generalización de una ley, resumen de clases, etcétera.

En física tienen, además, una clase a la semana de corrección de problemas, y en botánica, otra de clasificación de plantas.

Las clases orales difieren de las que damos en España en que, con bastante frecuencia, hacen las alumnas preguntas sobre el asunto, cuando algo no les parece claro, sin necesidad de ser invitadas a ello. En las clases prácticas, que se hacen con toda puntualidad y rigor, usa cada alumna un cuaderno en que expresa los resultados y hace gráficos, dibujos o esquemas, entregándolo una vez a la semana para que se lo corrijan; tiene su mesa con sus instrumentos, y, vigilada por el profesor, trabaja realmente dos horas.

¿Cómo hacen los profesores para atender a tanto?, se preguntarán algunos. En primer lugar, aunque a las clases teóricas asisten todos los alumnos, para las prácticas se hacen los grupos necesarios, en segundo lugar, para cada asignatura hay un profesor que explica a todos los cursos, un «Assistant lecturer» (algo así como auxiliar), y uno o dos «demonstrators», además de los mozos del laboratorio. Los «demonstrators» son los que cuidan directamente del trabajo práctico y corrigen la mayoría de los escritos, aunque suele estar presente el profesor.

Al entrar en el laboratorio cada alumna encuentra en su sitio un papel con instrucciones para su trabajo; empieza éste y consulta con el profesor las dudas y dificultades. En física, como no es posible tener 20 máquinas neumáticas, ni 20 péndulos, experimenta cada una con un aparato distinto, llevando los «demonstrators» una lista de las alumnas y de los trabajos que hay que realizar, distribuyéndolos en vista de los resultados obtenidos el día anterior, consignados en el correspondiente cuaderno.

Casi todas las alumnas de ciencias forman parte de la «Sociedad Botánica del Bedford College», la cual les da derecho a usar ciertos libros, tener conferencias, etcétera, por la modesta suma de nueve peniques. Otras se adhieren al «Science demonstration Club», que es una Sociedad mucho más amplia. Y, en general, leen revistas científicas y se interesan en las cosas que ocurren por el mundo.

Después del «Intermediate» está el «Final course», que comprende dos años de estudios y prepara para el examen último, que confiere el título de licenciado o «Bachelor».

Como el «College» es una Corporación particular, sostenida por legados y donaciones, y no por el Estado, que no hace más que reconocerlo como Centro docente, cada alumna, además de los diez chelines de la matrícula, tiene que pagar sus honorarios. En el Bedford, que se precia de ser democrático, cuesta un curso aproximadamente 20 libras (es decir, unas 500 pesetas) por «term», o sea desde el 7 de octubre al 17 de diciembre.

Esto, sin los libros, instrumentos de biología y química, cuadernos de prácticas, etc., y sin contar con que para hacer la vida del colegio hay que pertenecer al «Athletic Club» y tener trajes de «foi-ball», de balandrisa, raqueta de tenis, etc. (Además, la estancia en la residencia cuesta unas 3.000 pesetas.)

Resulta, pues, cara la Universidad, y de esto se han quejado ya algunos intelectuales, pensando que las becas, por numerosas que sean, no bastan, realmente, para que la clase pobre pueda conseguir una cultura superior, que está muy por encima de sus medios y aun de los de la clase media en muchos casos.

Además, aquí, con mejor motivo que en España, puede decirse que es desproporcionado el coste de la carrera y su resultado práctico, pues una profesora de Escuela secundaria gana por término medio unas 5.000 pesetas anuales, es decir, menos de lo que gastaba como estudiante.

A pesar de ello, no tiene ningún Colegio una sola vacante, y son muchas las señoritas que solicitan ser admitidas.

Margarita COMAS

Profesora de Escuela Normal

Londres, noviembre de 1920.

Por cada fotografía que se nos remita y publiquemos, abonará la Administración de este periódico 5 pesetas

EDITORIAL MUNDO LATINO ULTIMAS NOVEDADES

ULTIMAS PUBLICACIONES

Gómez Carrillo

	<i>Pesetas</i>
Literaturas exóticas....	4
Treinta años de mi vida (I y II).....	4
Estudios cosmopolitas...	4
La Grecia eterna.....	4

Rafael Cansinos

En la tierra florida.....	4
---------------------------	---

López de Saá

El amigo del Sol.....	4
Las épocas que se van ..	4



Caballero Audaz

	<i>Pesetas</i>
Desamor.....	4
Lo que sé por mí (nueve series).....	4
En carne viva.....	4

Emilio Carrère

La torre de los siete joro- bados.....	3,50
Nocturnos de otoño.....	3,50

José Francés

Cuentos del mar.....	4
La mujer de nadie.....	4,50

EN VENTA

Librerías, Estaciones
y librería Yagües

CABALLERO DE GRACIA, 28

Obras completas de Rubén Darío, Gómez Carrillo, "El Caballero Audaz", Emilio Carrère, José Francés, Cansinos-Assens y López de Saá.

Teatro completo de Ibsen.

En Prensa: Las obras completas del célebre novelista italiano Guido de Verona y del gran poeta francés Paul Verlaine